



Dossier pédagogique

A partir de la 4ème

23èmes Rencontres avec le Cinéma d'Amérique Latine

VIVA CUBA !

1. FICHA TECNICA

Cuba, France, 2005, Color, 1h20.

Dirección : Juan Carlos Cremata

Codirección: Iraida Malberti

Productor : Inti Herrera y Juan Carlos Cremata

Guión: Juan Carlos Cremata y Manuel Rodríguez

Fotografía : Manuel Pérez

Cámara : Lucio Bonelli.

Dirección de Arte : Guillermo Ramírez

Intérpretes : Malú Tarrau, Jorge Miló, Luisa María Jiménez, Laritza Vega, Manuel Porto, Alberto Pujols, Esclinda Nuñez

Producción : *Quad Productions*, TVC Casa Productora, Compañía de teatro *La Colmenita* y el grupo de creación artística *El Ingenio*

Grand Prix Ecrans Juniors, Cannes, 2005

Mención Especial, conferida por el Cinecircoli Giovanili Socioculturale. Festival Internacional de Giffoni, Italia, 2005.

Sinopsis

Malú y Jorgito son dos niños que se han prometido amistad para toda la vida, a pesar de que sus familias se detestan. Cuando la abuela de Malú se muere y su mamá decide irse a vivir fuera de Cuba, Malú y Jorgito tendrán que escaparse hasta el fin del mundo en busca de una esperanza para su amor.

Sobre el filme, su Director expresó:

La primera de nuestras intenciones es hacer un llamado a la reflexión de los padres, de tener muy en cuenta las opiniones de los niños a la hora de tomar decisiones tan importantes como es la de irse a vivir a otro país. Viva Cuba viene así, también, a llenar un espacio en la creación cinematográfica no solo dedicada a los niños, sino para la familia entera. Por eso insistimos en que fuera catalogada como una película PARA TODAS LAS EDADES.

“Viva Cuba es una película que defiende el derecho de los niños a ser tenidos en cuenta, cuando sus padres toman decisiones importantes que los afectan. Por eso espero un cine lleno de niños, porque ellos serán los adultos de mañana”, dijo Juan Carlos durante una proyección especial para los pequeños actores de La Colmenita y sus familiares.

No podía ser de otra manera: el filme es también hijo del proyecto infantil que dirige su hermano Carlos Alberto Cremata. Los dos actores principales, Malú Tarrau y Jorgito Miló son “colmenitos” casi desde la cuna, y el mismo Carlos Alberto hace un personaje en el filme. La mamá de estos dos talentosos jóvenes, la conocida coreógrafa y directora de televisión Iraida Malberti, es la codirectora de Viva Cuba, y su mamá Sara, la abuelita de los Cremata, es también la abuelita en la cinta.

DESDE LO PROFUNDO DEL DOLOR



En 1976 Iraida Malberti era una mujer todavía joven, con mil sueños por realizar. Logró casarse con Carlos, el amor de su vida, y tener con él a sus tres hijos; los niños crecían sanos, y les iba muy bien en la escuela. Eran una familia inmensamente feliz. Pero un día de octubre, la terrible noticia: “Han derribado el avión de Cubana donde viajaba tu esposo”... “en Barbados”... “dos bombas en pleno vuelo”... “no hay sobrevivientes”...

Carlos Alberto, Tin, era un jovencito de 16 años, muy apegado a su padre. Aquella noche del 6 de octubre le explican lo del accidente del avión. Mi papá es invencible —piensa enseguida—, es mi ídolo, mi héroe, seguramente salvó a todo el mundo... “Juanqui, no te preocupes, hay un problema con papi, pero a él no le ha pasado nada”, le dice enseguida a su hermano Juan Carlos.

Juanqui no entiende bien lo que está pasando. Los han venido a buscar en medio de la noche. Confía mucho en las palabras de Tin. Camina junto a él en silencio. Pero unos instantes después... ¿Por qué hay tanta gente llorando en la puerta de mi casa?... ¿Qué le pasó a mi papá?

Casi 29 años han pasado. Iraida Malberti, Carlos Alberto y Juan Carlos Cremata, junto al menor de sus hermanos, José Carlos, también actor, no han podido recuperarse de aquel hecho irreparable: Carlos Cremata Trujillo, el esposo y el padre amantísimo y amado, no regresó nunca de aquel fatídico viaje de trabajo, como despachador de vuelos de Cubana de Aviación. El crimen terrorista puso fin a sus 41 años de vida, y destrozó para siempre la felicidad de su familia.

Sin embargo, lejos de refugiarse en la tristeza, de encerrarse en su desdicha, y convertirlas en odio y deseos de venganza, los Cremata Malberti han demostrado lo que significa sembrar amor y repartir alegría a los demás.

Tin dirige desde su fundación a los niños de La Colmenita. Siempre da la impresión de que están jugando. Por momentos, cuando todos parecen agotados por las largas horas de ensayo, o después de cada actuación, se toman de las manos, hacen una rueda y cantan, y ríen... ¡Hay tanto de maravilloso en todo lo que hacen!

La Colmenita anda de gira por Europa. Tin seguramente aprovecha los momentos de descanso para relatar, como acostumbra, las historias graciosas de las jugarretas de su padre. Se le ilumina el rostro con una gran sonrisa cuando cuenta: “...y entonces se forma la discusión de aquella pareja. Papi, que era muy chismoso, se queda allí de pie frente a ellos, en el pasillo de

la guagua, entretenidísimo, mirándolos discutir, hasta que llegó nuestra parada, y nosotros: “Papi, papi, la parada, el punto de los Camilitos...”, y él como si nada. Mi hermano y yo nos bajamos, y yo creo que él siguió hasta la playa de Marianao, con tal de saber cómo terminaba aquella bronca...”.

Iraida Malberti nunca volvió a casarse. Ha hecho su vida en la televisión, siempre rodeada de niños y programas infantiles, varios de los cuales dirigió y escribió con sus propios hijos: Cuando yo sea grande es uno. Allí los actores eran tan chiquiticos, que parecía imposible que pudiesen hacer algo bien frente a las cámaras. El resultado fue asombroso. Paciencia debe ser una palabra muy cercana a esta madre y a sus hijos. En La Colmenita, Iraida es una especie de abeja reina, pero que trabaja y lucha a la par de las abejitas y los zánganos.

Iraida, Carlos Alberto —que es hoy diputado al Parlamento cubano— y Juan Carlos son frecuentemente entrevistados por la prensa. Nunca se les ha escuchado decir una frase descompuesta; por el contrario, sus mensajes al mundo y al pueblo cubano son mezcla de amor y ternura, de tristeza contenida y de legítimas ansias de justicia.

Tin estuvo hace unos meses en Panamá, en representación de los familiares de las víctimas del crimen de Barbados, y pudo mirar frente a frente, a los ojos, al asesino de su padre, durante aquel juicio contra Luis Posada Carriles y otros terroristas de origen cubano. ¿Qué pasará hoy por su mente, cuando parece que el descarrilado Posada vuelve a escapar de la justicia, otra vez con la ayuda de sus tutores de Miami y Washington?

“Tengo la esperanza de que el pueblo norteamericano, el mundo todo, no permita que continúe libremente sembrando su odio”, dijo Tin hace poco en un acto público.

Biografía



Actor, escritor y director nacido el 18 de noviembre de 1961. Se graduó en 1986 de Teatrología y Dramaturgia en el Instituto Superior de Arte. Ha dirigido y escrito programas para niños en el ICRT. Es miembro de la UNEAC. Cursó estudios en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños en 1990. Ha sido invitado a numerosos festivales internacionales entre los que se destacan Oberhausen, Mannheim, Berlín, Londres, Leipzig, Hamburgo, Viña del Mar, Sao Paulo, etc. Ha impartido conferencias y charlas en universidades de Roma, Santiago de Chile, Panamá, EE.UU. Fue profesor de Montaje cinematográfico en la Universidad de Buenos Aires y Profesor de Dirección Cinematográfica en la Escuela Panamericana de Diseño y Publicidad y en el Centro de Experimentación en Cine y Video de Buenos Aires, Argentina. En 1996

obtuvo una beca John Simon Guggenheim, Nueva York. En 1998 fue invitado al taller de guión impartido por el SUNDANCE INSTITUTE en México.

Filmografía

1984-87 : *Cuando yo sea grande*, 27min, Serie infantil de 30 capítulos para la TV Cubana *Y dice una mariposa*, 27 min, Serie infantil de 25 capítulos para la TV Cubana

1988 : *Diana*, 16 min

1990 : *Oscuros rinocerontes enjaulados*, 16 min

1999 : *La época, el encanto y fin de siglo*, 27 min

2000-2001 : *Nada*

2005 : **Viva Cuba**

Revue de Presse :

Afirmativa, exclamativa, muy convincente Por Joel del Río

Tomado de Juventud Rebelde

Uno de los finales más polémicos del cine cubano fue aquel que sirviera de colofón a *Nada* (2001), la ópera prima de Juan Carlos Cremata, quien ha decidido tomar a la sorpresa por costumbre y nos entrega ahora *Viva Cuba*, el primer filme cubano protagonizado por niños, además de incluir el cierre más elocuente y sugestivo que haya visto este cronista en mucho tiempo. Hermosa y trágica metáfora presenta la última escena, con la pareja de pequeños protagonistas inermes, desconcertados ante la imposibilidad de una nueva huida, justo en el lugar donde la Isla termina, y no hay más espacio para escapar de la intolerancia y la inarmonía, puesto que están en el sitio donde un faro advierte que el caimán hunde su hocico en las reverberantes aguas del Caribe.

Pero antes de llegar a esta suerte de epílogo alegórico, el espectador habrá presenciado una criollísima y tragicómica road movie (filme de viajes o de carretera), opus rapsódico tejido con los hilos del amable naturalismo, una historia narrada con extrema vivacidad —gracias sobre todo a la inteligente edición de Angélica Salvador—, donde apenas existen puntos muertos, y los personajes están definidos con una nitidez de clasicismo montesco-capuletiano. Sí, porque algo hay en este cuento cubano de ahora mismo que nos permite recordar el entorno de aquellas familias enfrentadas en la Verona shakespereana, hasta que los más jóvenes de cada familia rompen la cadena de odio sin fin con un extraño eslabón de amor inapagable. Cremata y su coguionista (Manuel Rodríguez) tal vez no se inspiraron directamente en Shakespeare, y prefirieron conferirle a la bella fábula de Jorgito y Malú, mucho humor, bellísimos paisajes, la crítica bien aguda colocada en el nivel de los subtextos, y además prefirieron un tono distendido, gracioso, ágil, nada sombrío ni pesimista.

No crea algún lector que *Viva Cuba* es irreflexiva a fuerza de efervescente, o que la sublime sencillez deviene ñoñería, tópico, optimismo obediente y a ultranza. No fue eso lo que quise decir. Aclaro porque resulta difícil escribir sobre una obra que sorteja con ejemplar destreza todas las emboscadas de la cursilería. Resulta arduo abstenerse de figuras retóricas al estilo de “un canto de amor y esperanza” o “tierno poema sobre la amistad en las edades tempranas” (que también lo es) y que el escribiente logre sostener, al igual que las imágenes y el sonido de este filme, un tono que oscile, sin violencias, entre lo picaresco y lo lírico, porque Cremata y su formidable equipo nos han entregado, también, momentos de aguda farsa, escenas oníricas, fantásticas, niños que mueven estrellas con el índice o que pueden lograr que florezcan secos gajos con solo desearlo.

Para mejor comprender intenciones, giros, sugerencias del filme, me parecen valiosas las recientes declaraciones de Cremata a *El Caimán Barbudo*: “La cubanía es parte de mi proyecto de vida. Y Cuba es un país diferente. Lo que me interesa es transmitir las singularidades de este país único. Soy un acérrimo defensor de la diferencia, de la tolerancia. Creo que el revolucionario es el que re-evoluciona, el que se levanta cada mañana a cambiar incluso lo que ha logrado. Porque creo que la re-evolución no está en la inercia que genera contentarse con haber alcanzado algo, sino en la felicidad que se desata en re-crearlo, en rehacerlo, en reinventarlo, en re-descubrirlo de una manera distinta, mucho mejor, de nuevo, una y otra vez. Yo creo en la voluntad y la vocación de rehacer el mundo en el que vivo, por eso voy al encuentro de situaciones nuevas, vivas, inauditas, es decir, únicas. En *Viva Cuba* utilizamos muchos símbolos patrióticos: la bandera, los pioneros, el himno, el Che, el mambo, el danzón, el zunzún, el guajiro, el ciempiés. Yo viví ocho años fuera de Cuba, en distintos países y sentí mucho durante todo ese tiempo, y muy fuerte, la necesidad de expresarme como cubano. Esa experiencia sirvió para darme cuenta de que lo que quería era hacer cine aquí. Y

eso me marcó. Tal vez por eso mis películas, hasta ahora, hablan de estar aquí o estar allá, de irse o quedarse, de volver o partir”.

Honestamente, nunca había visto en la pantalla cubana a niños que hablaran con tanta gracia y frescura; casi nunca vi retratada a la Isla (virtud de Alejandro Pérez) con tanto afectuoso y dinámico colorido, además de los imaginativos encuadres y angulaciones, y muy pocas veces estuve en presencia de una producción nacional donde la solemnidad evangelizadora se pintara, sin complejos, de sonrisas, incluso de chistes gruesos, para de este modo pulsar esa cosa intangible que llaman espíritu, algo quizá mucho más ligero y sonriente de lo que suelen aceptar los consternados.

Viva Cuba es una exclamación de gozo y ansiedad, confirmación sensitiva de que es posible pedir deseos a las estrellas fugaces y que te los concedan, aunque sepamos en el fondo que las bolas de fuego, colgadas en el panteón del firmamento, son indiferentes a nuestros anhelos.

¿O será que es suficiente con un gesto auténtico de buena voluntad para acercar y conmover incluso los espacios más ajenos y distantes? La película de Cremata nos permite formularnos estas y otras muchas interrogantes. ¿Será que nos falta algo tremendo, esencial?, porque de otra manera no se explica que nuestros menores decidan escaparse de nuestro alcance.

Novedoso y sorprendente regalo es *Viva Cuba*, un filme cuyo impacto percute en estremecimientos viscerales, al nivel de la emoción y la intuición. Imagino a semióticos, narratólogos y académicos hablando de los excesos en cuanto a la suspensión de la incredulidad que reclama la historia, de lo elemental y socorrido de ciertas situaciones y personajes, de la más bien pobre estructuración en el eje del deseo que une al sujeto con el objeto de la trama, de cómo la fotografía se torna demasiado bucólica y panorámica luego de que se adentran en Cuba, puede ser que en muchos de estos señalamientos tengan incluso toda la razón, pero sería aberrado “leer” las peripecias de estos Hansel y Gretel tropicales sin hablar de cuán cálida y veraz son TODAS las interpretaciones (aunque la palma se la llevan Malú Tarrau y Jorgito Miló, seguidos de cerca por Larisa Vega y Luisa María Jiménez), de cuán conmovedora en su extrema sencillez resulta esta anécdota sobre niños a quien nadie escucha ni les pide opinión, esta poderosa y entretenida película que nos habla a gritos sobre la intolerancia y el despotismo, la necesidad de amor y de comprensión, mientras susurra muy quedo algunas ideas sobre la muerte, el alivio, la pérdida de la inocencia y la insoslayable necesidad de escuchar más y vociferar menos.

Pistes de travail et dossier pédagogique

- Les difficultés économiques : la période spéciale
- Stratégies pour palier aux difficultés
- La famille éclatée
- L'émigration vers les Etats Unis / le rapprochement familial
- Les préjugés

1) Sur les difficultés économiques à Cuba et le travail à l'étranger comme solution

El viaje, (fragmento) cuento de Nancy Alonso, en *Cerrado por reparación*, Edición Unión 2002, La Habana, Cuba

Siguió las orientaciones de su vecina Conchita. "No tienes pérdida. Entrás por Zapata y 12, sigues por esa avenida hasta la iglesia, y a tu izquierda, en una callecita paralela, vas a ver la tumba de La Milagrosa, la más visitada de La Habana". Aunque Inés estaba prevenida, se sorprendió ante el tumulto. "Llévale flores, le gustan mucho". Le pareció ridículo su ramito de claveles ante la magnificencia de gladiolos, príncipes negros y orquídeas, que adornaban la lápida y los alrededores. "Tienes que marcar en la cola y esperar, no puede haber mucha gente

rogándole". Con discreción averiguó quién era el último y se puso detrás de un hombre alto, bien vestido, con espejuelos oscuros, de unos cuarenta años. "Fíjate en lo que hacen los otros y sigue el ritual". Inés observó que los visitantes se acercaban a la tumba por el lado derecho, colocaban las flores, se detenían a mirar la estatua de La Milagrosa, golpeaban el mármol con las aldabas, como llamándola, y comenzaban a orar. "Pide con mucha fe y nunca le des la espalda, porque si lo haces no tendrás su gracia". Concluida la plegaria, daban vuelta alrededor de la bóveda y se alejaban un tramo sin dejar de mirar la efigie de mármol.

—¿Será verdad que hace milagros? —le preguntó Inés al hombre de espejuelos.

—Milagros, lo que se dice milagros, no sé, pero parece que concede las súplicas —respondió él—. Fíjese en las inscripciones de agradecimiento en las jardineras, con firmas y fechas, y comprobará cuántos "Gracias, Amelia" hay.

—¿La Milagrosa se llamaba Amelia?

—Sí, Amelia Goyri de Adot, fallecida en 1901. Cuentan que murió embarazada y el día de la exhumación estaba intacta, con el niño sobre su pecho.

—No me diga... —comentó Inés para mantener viva la conversación y aquel hombre le contó varias anécdotas que daban fe de los poderes de La Milagrosa.

—Si no es mucha indiscreción, ¿qué la trajo hasta aquí? —preguntó el hombre.

—Vine a pedir por Ramiro, mi único hijo —respondió Inés—. Nunca he tenido quejas de él, ni cuando era chiquito y lo crié prácticamente sola después del divorcio. Pero en estos días anda alborotado, como si tuviera el diablo metido en el cuerpo, y hasta quiere dejar el trabajo de mecánico. Todo por el rebumbio armado con el viaje a Canadá.

—¿Qué viaje es ese? —inquirió él.

—Dicen que en la embajada de Canadá están dando visas a los que quieren ir para allá por dos años a recoger manzanas. Hay un grupo de muchachos del barrio embullados, usted sabe cómo es la juventud, no les importa el frío ni nada.

—Qué interesante, no había oído hablar... —dejó inconclusa la frase pues ya le tocaba su turno—. Seguimos conversando después. La espero.

Cuando Inés se acercó a la tumba, colocó los claveles a los pies de la imagen de aquella mujer apoyada en una cruz con un niño cargado, y observó los letreros que daban las gracias por los favores, por la salud, por la casa, por el viaje. Se concentró y rogó:

—Milagrosa, ilumina a Ramiro. Si ese viaje es por su bien, que se le de, pero si no, impídelo. Ya es bastante sacrificio separarnos y que trabaje como un mulo, para que encima me lo maltraten o le pase algo malo en ese lugar. Prefiero mil veces que siga arreglando locomotoras, aunque no tengamos ni donde caernos muertos. Lo que más quiero en el mundo, y te suplico, es que mi hijo sea feliz, esté donde esté, virgencita, y si me lo concedes, te prometo la jardinera más linda que jamás hayas visto, con un "Gracias, Amelia, por la felicidad de Ramiro", y durante un año completo te la voy a llenar de flores todos los domingos, sin faltar uno, para que tú también seas feliz.

Inés se alejó, sin darle la espalda a La Milagrosa, hasta topar con el hombre de espejuelos.

—Uno nunca sabe dónde le espera la fortuna. Usted vino aquí a pedir por su hijo y el destino me ha puesto en su camino para que yo la ayude a solucionar su problema —dijo él y, al ver la intriga en los ojos de Inés, se quitó los espejuelos antes de continuar—: Le explico enseguida, pero permítame presentarme, Leobardo Velasco.

—Mucho gusto, Leonardo —dijo ella.

—Leonardo no, Leobardo, mi nombre es Leobardo, con be.

—Qué raro nombre, nunca lo había oído. Yo me llamo Inés, Inés Rodríguez, para servirle.

—Encantado, Inés. Escúcheme, le decía que puedo ayudarla porque precisamente tengo entre manos un convenio, y necesitamos gente dispuesta a trabajar en Maracaibo.

Leobardo le fue explicando mientras salían del cementerio y caminaban hacia la parada de la guagua. Según dijo, un amigo suyo, miembro del Consejo de Iglesias Cristianas de Venezuela, le había pedido la tramitación de un contrato de trescientos jóvenes para la explotación petrolera, como parte de una campaña de solidaridad con Cuba. El salario

mensual sería alrededor de cuatrocientos dólares. Leobardo había obtenido las autorizaciones requeridas, solo faltaba completar la selección.

Inés estuvo a punto de pellizcarse para saber si estaba soñando. No era lo mismo aventurarse con el ofrecimiento de una embajada, sin respaldo oficial, que un viaje organizado a través del gobierno.

—Queremos ser cuidadosos y escoger bien al personal —enfaticó Leobardo—. Es vital dar una buena imagen desde un inicio, porque eso garantizará la continuidad del contrato. Aquí tiene mi teléfono. Dígale a su hijo que me llame cualquier día laborable antes de las diez. Si es serio, como usted dice, podrá integrar el grupo.

—¡Que si es serio! Óigame, difícilmente encuentre otro como él. Ya usted verá.

Inés llegó a su casa agitada y eufórica:

—¡Ay, mi hijo, un milagro! Vas a ir a Venezuela, nada de manzanas, ni de frío. ¡Calor caribeño y oro negro! ¡Gracias a La Milagrosa! Bueno, primero gracias a dios por guiar a Conchita a enseñarme el camino hasta Amelia.

Le costó trabajo a Ramiro que su madre hilvanara de manera coherente las ideas, pero cuando logró entender se puso tan nervioso que la hizo repetir la historia varias veces de principio a fin. Ya más tranquilos, discutieron si debían contactar con Leobardo al otro día o dar un compás de espera antes de hacerlo. Se debatían entre el temor a perder esa oportunidad y los inconvenientes de mostrar demasiado interés. El corazón se impuso a la razón, aunque con cierta mesura: Ramiro no lo llamaría a las ocho, como hubieran querido, sino a las nueve y media de la mañana siguiente.

El resto del día lo pasaron escribiendo listas de las necesidades a satisfacer con la astronómica cantidad de dólares que ya sentían en los bolsillos y multiplicaba muchas veces sus ingresos. El número uno de los equipos electrodomésticos lo obtuvo la lavadora “para que no pases tanto trabajo, mamá”, seguida por una lámpara recargable “¡se acabaron los apagones en esta casa!”, un refrigerador “me da lástima con el refri viejo, Ramiro, tiene tu misma edad”, dos ventiladores de pie “no más madrugadas buscando fresco en el portal”, y un televisor “con lo bonitas que se ven las telenovelas en colores”. También hicieron las listas de los arreglos de la casa, de la ropa y los zapatos, de los muebles y los útiles del hogar, de los regalos, “se acabaron nuestras penurias”. Pero la lista que pensaron con mayor cuidado fue la de los nombres de amigos que Ramiro sugeriría, si Leobardo le daba la oportunidad, para incluirlos en el proyecto, “hay que ayudar al prójimo”.

2) Sur les familles séparées : l’émigration vers les Etats Unis

Yo te voy a explicar, (fragmento) cuento de Nancy Alonso, en *Cerrado por reparación*, Edición Unión 2002, La Habana, Cuba

La velada transcurría como si nos hubiésemos conocido desde siempre y no fuera aquella mañana calurosa de un miércoles, bajo la sombra de la mata de mangos de mi patio, la primera vez en la vida que conversábamos.

Decir « la primera vez en la vida » es una exageración porque Raúl y yo somos primos. Hasta que nos separamos, cuando terminamos el primer grado, vivíamos cerquita y éramos compañeros de juegos, según nos habían contado, y nosotros guardábamos el recuerdo de aquellas historias, más que de los hechos mismos, después de casi cuatro décadas sin vernos.

- Tú te ponías brava, prima, cuando te obligaban a cantar.

- Y a ti no te gustaba bañarte en la playa, preferías hacer castillos en la arena, ¿te acuerdas ?

Desde que Raúl se fue para Miami, supimos uno del otro a través de nuestras madres, que se escribían y hablaban por teléfono con frecuencia. Hacía cinco años que la comunicación se había interrumpido, luego de la muerte de tía Esther y la de mamá unos meses después.

La llamada de Raúl, el día antes de nuestro encuentro, diciéndome que estaba en un hotel en La Habana y que quería verme, me intranquilizó un poco porque pensé que no tendríamos de qué conversar.

Ya con Raúl delante, pasados los primeros minutos de besos, abrazos, y de nerviosismo mutuo, se me ocurrió romper el hielo con una sesión de fotos. Desempolvé el viejo álbum familiar, herencia de abuela, y Raúl lo hojeó con mucha atención, mientras escuchaba los comentarios que yo le hacía de cada fotografía. Él nunca se había visto en pañales, ni en un carnaval infantil, disfrazado de guajiro, machete a la cintura, con bigote y patillas, ni tampoco conocía cómo era el rostro de niña de su mamá. La salida del país por Camarioca fue tan precipitada, le había contado tía Esther a Raúl, que no tuvieron tiempo de recoger ese trozo de memoria que preservan las fotos y las cartas. Omití que la desolación de los abuelos nunca les permitió colocar en el álbum las últimas imágenes de Raulito en Cuba, el mismo día que se fueron, con un abrigo y pantalones largos, y prefirieron ponerlas en un sobre celosamente guardado en el escaparate.

Ahuyentamos la tristeza burlándonos de aquellas poses a las que nos obligaban los mayores en las fiestas de cumpleaños, y de las vestimentas de nuestros antepasados. También le enseñé las fotos de Los Quince de mi hija, haciéndole notar el parecido con tía Esther cuando era jovencita. Por su parte, él sacó de su billetera unas rutilantes y policromadas fotografías de su esposa e hijos que siempre llevaba consigo.

Hablamos de los parientes de allá y de acá, de los sueños realizados y de los que no, de las preferencias, y a medida que pasaba el tiempo yo me sorprendía más de lo bien que nos entendíamos Raúl y yo. Nadie habría dicho que él no había vivido en La Habana desde hacía tanto tiempo, excepto por su acento, la muletilla de « tú sabes » y la costumbre miamense de sustituir los nombres propios por el parentesco. Los cubanos somos los mismos en las orillas, pensé, digan lo que digan.

Nancy Alonso (La Habana, 1949)

Es licenciada en Ciencias Biológicas. Ha publicado el libro de cuentos *Tirar la primera piedra* (Letras Cubanas, 1997), que obtuvo la Mención en el concurso David de cuentos. Cerrado por reparación es su segundo libro de cuentos.

Proyecto para un mural conmemorativo (Técnica mixta) fragmento del cuento de Ana Lidia Vega Seroba en *Limpiando ventanas y espejos*, Ed. Unión, La Habana, 2001

1

La mujer con los audífonos puestos, parecida a un extraterrestre, pinta con temperas fosforescentes soles y animales y algunos paisajes primitivos sobre cartulinas estrictamente rectangulares.

Lo hace mecánicamente, casi a ciegas.

La mujer con los audífonos puestos, parecida a un extraterrestre, escucha canciones en un idioma extranjero y llora.

2

Estoy cansada de esperar cartas.

Fernan me trajo los casetes de Vizbor y preguntó: ¿no has pensado ir allá?

A lo mejor, hasta preguntó: ¿no has pensado volver allá?

Sentí mareos. Una puerta con la que juguetea el aire. Muy a lo lejos. Una melodía rara.

¿Una nana?

3

No le enseñes tus poemas a nadie. Edel sentenció: tus poemas son ingenuos. Enseñar los poemas es un acto impúdico y vergonzoso. Me pisó la garganta; de mi boca escaparon

gruñidos, él los analizó bajo el microscopio y sentenció: son ingenuos. Guarda tus poemas en el interior de las botellas bebidas, séllalas usando la cera de las velas quemadas en el horario de apagón y arrójalas al espacio exterior. Yo le sonreí ahogándome: gracias por tu juicio. Déjalas caer suavemente por la ventana y escucha cómo se estrallan en el pavimento entre cáscaras de plátanos, íntimas y preservativos usados, trozos de juguetes rotos y toda clase de basura que vienen deslizando tus vecinos desde que se inauguró el edificio.

4

Nadie puede asegurar que la mujer con los audífonos puestos, parecida a un extraterrestre, no sea un extraterrestre.

5

Es posible que exista algún lugar llamado CASA. Una puerta con la que juguetea el aire. Muy a lo lejos. Hombres con barbas oscuras y mujeres con pañuelos en las cabezas. Pan negro y té. Canciones en un idioma extranjero. Es posible que no exista.

6

Un hombre negro y alto. En la ciudad de los puentes, la ciudad tísica de los puentes, la ciudad gris y pantanosa de los puentes.

Un hombre negro la miró desde su altura y ella cayó fascinada en sus brazos.

No pudo ser más patético.

Ana Lidia Vega

Nació en 1968 en San Petersburgo, hija de un cubano rusa. A los 20 años decidió asentarse definitivamente con el fin de aprender un idioma que casi no conocía y de integrarse en el ambiente cultural cubano. Es bilingüe, aunque como narradora y poeta solamente escribe en castellano. También se dedica a la pintura, pero no expone ni conserva nada de su obra. En 1996 obtuvo el Premio Especial de la Asociación Hermanos Saínz y, en 1997, el Premio David por el volumen de cuentos *Bad painting* (Unión, 1998). Su segundo volumen de relatos, *Catálogo de mascotas*, fue publicado en 1998 (Letras Cubanas). Sus narraciones han aparecido en antologías nacionales y extranjeras. Actualmente está terminando una novela autobiográfica. Vive en La Habana. «Esperando a Elio» fue finalista del Concurso Nacional de Cuento de *La Gaceta de Cuba* en 1999.

3) Sur la famille et ses secrets

La casa grande, fragmento de *Silencios* (primer capítulo) novela de Karla Suarez, Ediciones Lengua de trapo, 1999, Madrid, España

Cuando yo tenía seis años, mi padre decidió irse a dormir a la sala. De aquello no recuerdo mucho, salvo el portazo en la puerta del cuarto y los llantos apagados de Mamá, durante las horas siguientes.

Vivíamos en casa de mi abuela, un apartamento grande lleno de cuartos con mundos diferentes; el de la abuela, una tía soltera, un tío masajista y nosotros tres, antes de Papá mudarse para la sala.

Mi madre era una argentina que en los 60 había decidido venir a La Habana a estudiar teatro, ahí se hizo amiga de mi tía, que empezó por el teatro, y luego pasó a la danza, de ahí la literatura y así, siempre buscándose como decía ella, o perdiéndose, como decía la abuela.

Por mi tía, Mamá llegó a la casa grande y conoció a Papá, que en aquel entonces era un joven oficial del ejército, de esos que dieron el paso al frente y lucían el uniforme que tanto gustaba a las muchachas, sobre todo a las progresistas como Mamá que quedó profundamente

enamorada y renunció a su nacionalidad para que mi padre no se sintiera incómodo por andar con extranjeras. Para la familia de Mamá, en el sur de América, la renuncia significó renunciar a ellos como familia, y entonces decidieron por su cuenta romper relaciones con la hija renegada. Para mi abuela, en cambio, el hecho de aceptar a una mujer viviendo en casa con su hijo, sin matrimonio previo, significaba una vergüenza, y fue por eso que decidió, también por cuenta propia, renunciar a su nuera. Así fue que Mamá comenzó a vivir su romance sin la anuencia de nadie, pero absolutamente convencida de su amor y de su amistad con la tía. El tío no contaba porque no tenía buenas relaciones con Papá. Desde mucho antes de mi nacimiento, Papá y el tío apenas se dirigían la palabra. Así es que Mamá, persuadida por su marido, asumió una cierta frialdad e indiferencia en el trato hacia su cuñado.

Yo crecí rodeada de adultos totalmente diferentes. Mi abuela tenía cuatro hijos, uno mayor que siempre había sido el preferido y que ocupó casi el lugar del abuelo, después que éste se marchó de casa. Eso ocurrió mucho antes de mi nacimiento, así es que al abuelo nunca lo conocí, y lo cierto es que en casa estaba prohibido mencionarlo. Él un día abandonó a la abuela y el hijo mayor se mudó para el cuarto de su madre y le sirvió de sostén hasta que decidió casarse e irse a vivir a otro sitio, entonces la abuela declaró la guerra a la mujer que se llevaba a su primogénito y volcó todo su amor en mi padre, que era el más pequeño. Mi padre prometía una gloriosa carrera y se convirtió en cómplice y confidente de su madre cuando ambos decidieron odiar abiertamente al primogénito el día que decidió irse a vivir un poco más lejos y de tan lejos se fue a Miami con su mujer. Claro que todo eso ocurrió antes de aparecer yo en la familia porque en cuanto mi madre se mudó a casa, la abuela se vio en la obligación de despreciar a su hijo militar, puesto que éste al parecer no tenía intenciones de legalizar su estado civil. En esos momentos pienso que la abuela pasó una situación difícil, debía escoger entre la tía, que era la segunda y el tío tercero. Con la tía sus relaciones nunca fueron las mejores porque ella era la preferida del abuelo y siempre que la dueña de casa intentaba referirse a su ex marido con tono de desprecio, enseguida saltaba la tía para defenderlo con palabras que debían resultar mágicas porque la abuela cerraba la boca inmediatamente y cambiaba la conversación. Con el tío tercero también había problemas, no solo que mi padre no le hablara, sino que existía algo en la familia que nadie se atrevía a pronunciar. Sé que antes de Mamá, mi padre y el tío compartían el mismo cuarto, hasta que un día la abuela determinó que él se iría a dormir al pequeño cuartico junto a la cocina, claro que en esos momentos Papá seguía siendo el preferido y cuando yo nací, el tío hacía rato había fundado su reino, lejos de todos, allá en el fondo.

Karla Suárez

Nació en 1969 en La Habana y es ingeniera informática. Ha publicado el libro de relatos *Espuma* (La Habana 1999). Algunos de sus cuentos han sido incluidos en revistas y antologías, tanto en Cuba como en el extranjero. *Silencios*, su primera novela, recibió en 1999 el V Premio Lengua de Trapo de Narrativa, *ex aequo* con Ronaldo Menéndez. La traducción italiana de esta novela aparecerá este mismo año. Actualmente reside en Roma. «Un poema para Alicia» obtuvo una mención en el Concurso Nacional de Cuento de *La Gaceta de Cuba* en 1997. Publicó su segundo libro de cuentos *Carroza para actores* en Colombia (Ed Norma) y su segunda novela *La viajera* editada en España fue traducida al francés y publicada por las ediciones Metailié.

4) Sur le monde des enfants, leurs jeux...

La peste, (fragmento) cuento de Ana Lidia vega Seroba en *Limpiando ventanas y espejos*, Ed. Unión, La Habana, 2001

Había ocho gatos... no, nueve, pero el noveno a veces estaba y a veces no. Paseaban en el jardín, dormían en el portal o bajo el columpio arruinado por el sol y las lluvias. Nos

parábamos tras la cerca a tirarles piedras. Ninguno de nosotros tenía jardín con gatos y columpios.

Esperábamos a que la vieja se fuera (todos los días se iba por la mañana y regresaba entrada la tarde). Utilizábamos los más sofisticados tirapiedras y cuando llegábamos a golpear alguno, este aullaba con voz espantosa. Entonces se abría la puerta y salía la Marquesa gimiendo y haciendo muecas. Nos echábamos a correr y volvíamos al ratico con nuevas provisiones de piedras.

A veces alguno, de lo más osados, saltaba la cerca para retornar con cualquier trofeo del lado de allá: un par de mangos, escachados por la caída y dulcísimos, una bola de cristal, girasoles enormes con pepitas negras en el centro, una hebilla plástica o un escarabajo tornasolado. Presentíamos que en algún lugar de aquel jardín había un tesoro enterrado, que la casa estaba llena de cofres repletos de joyas, monedas de oro y gemas.

Con el tiempo nos llenamos de valor y comenzamos a franquear la cerca más a menudo. Tratábamos de no hacer ruido al acercarnos a la casa para mirar por las ventanas. Nos pegábamos a las persianas abiertas y comentábamos en susurros.

Muebles oscuros y grandes, con cojines bordados; cuadros en las paredes en pesados marcos bruñidos, figuras de porcelana y cristal, jarrones enormes y relojes labrados con pajaritos dentro que daban la hora asomando tímidos; eso era la sala.

Una cama ancha y alta, cubierta por una sobrecama punzó, un escaparate con espejos en ambas puertas, dos mesitas de noche, una lámpara de guindalejas, una mecedora y una pintura de cisnes que parecían de verdad encima de la cama; ese era el cuarto de la vieja. Estantes abiertos con cacerolas relucientes, ristras de cebollas y ajos, estantes cerrados, una gran mesa cubierta por un mantel de cuadros rojos y blancos, agarraderas de la misma tela colgando sobre el fogón con horno y un frutero en el medio de la mesa con mangos, plátanos y limones; era la cocina.

Muñecos de todo tipo y tamaños, adornos brillantes, bolas, cintas de colores, encajes, postales pegadas a las paredes, un gran baúl pintado de pavorreales y rosas, cantidad de espejos por doquier y una pequeña colchoneta en la esquina; el cuarto de la Marquesa.